



Santa María de Rueda

A MAYOR GLORIA DE DIOS



Texto: PILAR BARRANCO
Fotos: SANTIAGO CABELLO



La piedra trabajada a mayor gloria de Dios se muestra en el monasterio cisterciense de Santa María de Rueda como una mole oracional en la que el agua murmura oraciones sin cesar y forma parte de un paisaje netamente aragonés, abierto como es la gente de estas

tierras, pero en contradicción abrupto y voluminoso.

El monasterio es estremecedoramente grande, como metáfora del Dios cristiano, omnipotente y estático, testigo mudo y acaso un tanto desairado del devenir de los tiempos, ya que el cenobio fue en tiempos pretéritos el corazón de esas tierras.

A lo largo del año 2002, en marzo o en abril, el Monasterio de Rueda despertará de su letargo secular y abrirá sus puertas al público como hotel de tres estrellas, dentro de la Red de Hospederías que impulsa el Departamento de Cultura y Turismo del Gobierno de Aragón.





El proyecto, cuya dirección y proyecto facultativo corresponden al arquitecto Javier Ibargüen Soler, tiene una superficie de actuación de 4.805 metros cuadrados. El coste de las obras de restauración del conjunto monástico es de 434 millones de pesetas, mientras que el de las obras de restauración y adaptación para hotel de tres estrellas de lo que será la nueva hospedería, es de 733.365.437 pesetas.

Según Ibargüen, “se contempla el uso para centro hotelero del palacio Abacial (siglo XVI). “Las estancias se adaptan en sus plantas baja y primera a todos los usos comunes de la hospedería: el zaguán de acceso, la escalera real, las salas de la planta primera, el oratorio barroco, la sala con ventanales de alabastro y la bodega albergarán la recepción, salas de estar, y las 37 habitaciones que tendrá la hospedería, además de comedores y diversos salones de reuniones y convenciones”.

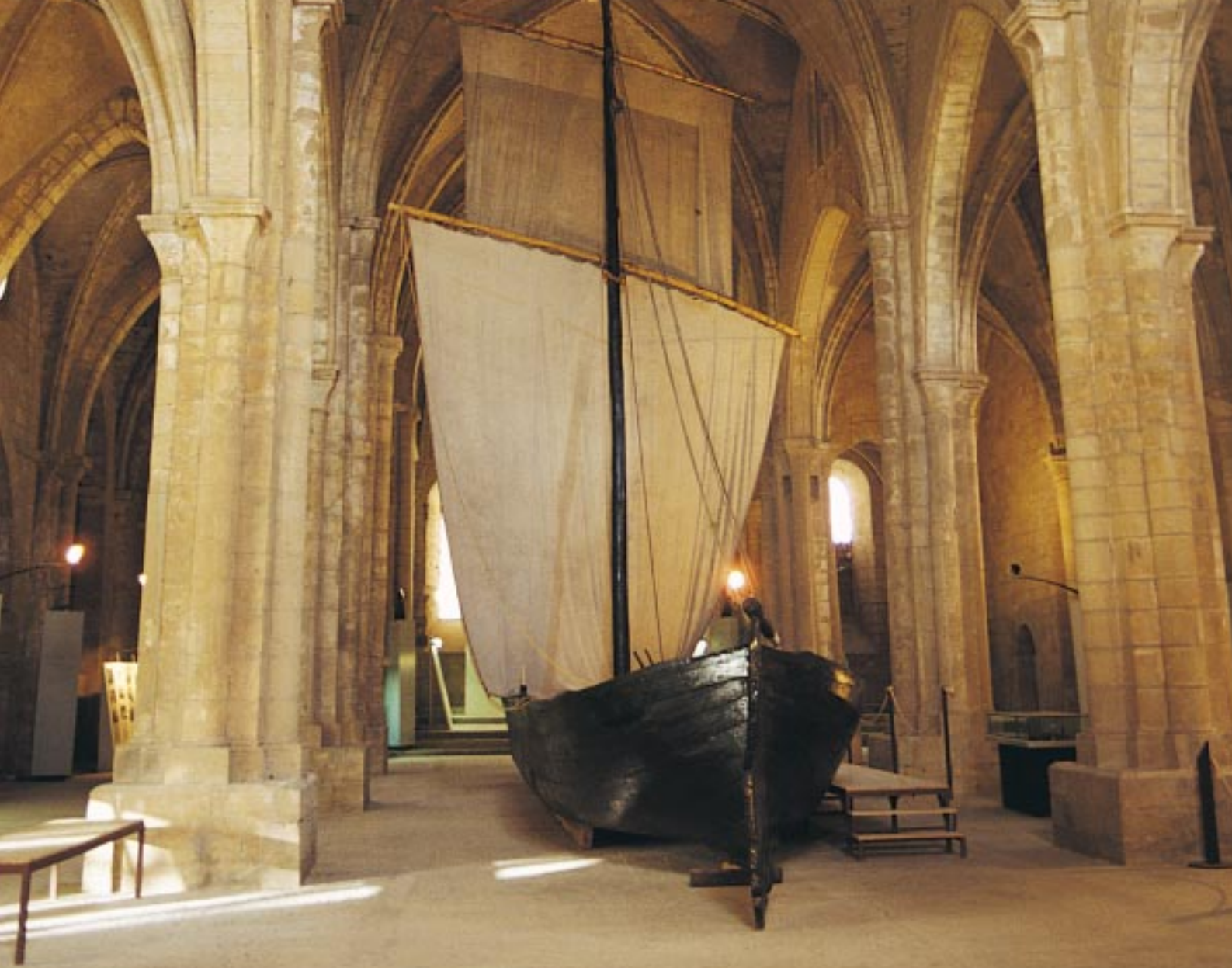
Dentro del término municipal de Sástago, y frente al municipio de Escatrón, en la misma vega del río Ebro, se yergue orgulloso el Monasterio de Rueda, que debe su nombre a la gran rueda del molino, o noria, que se encontraba junto a la abadía cisterciense. Es la gran joya del Císter en Aragón, junto con el de Veruela y el de Piedra.

Este edificio, de grandes dimensiones, se encuentra estructurado y construido según los estrictos cánones de la regla cisterciense. Consta de una impresionante y gran iglesia de tres naves, con bóvedas de crucería que culminan en ábsides planos y en ningún caso semi-circulares.

El claustro se encuentra anexo y se comunica por una sencilla puerta con la iglesia. Está estructurado y configurado por una serie de arcos apuntados en los cuales se insertan unas simples y delimitadas tracerías. Ellas van desde la simplicidad de las alas construidas en el siglo XIII, a las de ornamentación abigarrada con factura en el XIV. Hay tumbas ubicadas, además, a lo largo de los muros de sus cuatro alas.

Al llegar hasta la zona claustral, las alas van apareciendo y abriéndose las salas, entre ellas la sala capitular. Hay que destacar en ella el pórtico de vanos en abocinamiento -o degradación de sus sucesivos arcos, todos ellos profusamente decorados- mientras que se sitúa en su interior un bosque de columnas soportando que es el que soporta las bóvedas de crucería. Son visibles una serie de tumbas en el suelo que guardan los restos de algunos abades del monasterio de Santa María de Rueda.

El refectorio es una gran nave de grandes dimensiones que está soportada por



arcos apuntados. En él sobresale una magnífica soberbia escalinata que cuenta con un magnífico púlpito, único de este tipo y con similitudes con el que se encuentra en el refectorio del monasterio soriano de Santa María de Huerta.

Otras dependencias del edificio, y partes compositivas de su compleja estructura, que se mantiene intacta, a diferencia de gran parte de los monasterios del Císter, son la cocina, el *scriptorium*, el dormitorio, el maravilloso templete que cobija el lavatorio, o-entre otros muchos habitáculos-la bodega, que se encuentra en un edificio independiente y compuesta por dos naves soportadas por gruesas columnas,

en las que apoyan las bóvedas de crucería, siendo aun visibles algunos de los elementos destinados a la obtención y conservación del vino.

A partir del siglo XVII, y por su parte posterior, se levantaron otras partes monásticas, como la monumental escalera barroca, que ha sufrido el olvido casi premeditado, como se puede ver en algunas decoraciones y yeserías barrocas. Es singular la torre, construida en distintas y variadas épocas, con su parte inferior de factura mudéjar con las consiguientes y características decoraciones en ladrillo, a la que siguieron las fases de los siglos XVI y XVII, con las que se completa y complementa toda la obra de la torre.

La Orden del Císter en Aragón

P.B.

La orden del Cister, que llega a la Península en el siglo XII, encontrará un excepcional caldo de cultivo en Aragón, y en la segunda mitad de esta centuria, se implanta en el territorio aragonés, donde funda numerosos monasterios.

El Cister es catalizadora de las últimas corrientes y tendencias espirituales aparecidas en el occidente cristiano. Se trata de un nuevo monacato, reformador y dinámico y se impone a la ya desgastada opción cluniacense, a la que se achaca una real relajación disciplinaria surgida en el seno de las comunidades de «monjes negros». En otro plano, pero es fácil que el lego entre en materia si se ha leído el libro *El nombre de la rosa*, o se ha visto la película homónima, protagonizada por Sean Connery/ Guillermo de Baskerville.

El éxito concreto del Cister se manifiesta en el rápido desarrollo que conoce en tierras aragonesas aragonesas. Se debe, sin duda, a la conjunción del particular sistema de conexiones de los establecimientos hispano-aragoneses con las abadías «madre» francesas y por el «rol» jugado por los monasterios como instrumentos políticos para la redistribución de la población en zonas abandonadas o infrapobladas, o bien en enclaves defensivo-fronterizos, mediante «granjas», que una estrategia absolutamente contemporánea ya que desde hace años y en la actualidad se utiliza, por ejemplo, en Israel, siendo los kibbutz los que cumplen ese papel.

Al realizar la colonización se coparticipa de ella, la monarquía favorecerá a los monasterios con bienes inmuebles, privilegios, exenciones e inmunidades. Alfonso II es el gran protagonista de esta relación religioso-secular y el protector de las fundaciones cistercienses coetáneas. A lo largo de su reinado se erigirán y ampliarán la mayor parte de las instituciones «bernardas» aragonesas. Sus sucesores, Pedro II y Jaime I, también demostrarán sus preferencias de los «bernardos».

La primera construcción del cister en Aragón es el monasterio de Nuestra Señora de Veruela, en el alto del valle del río Huecha, junto a Vera de Moncayo. Su fundación legendaria se relaciona con Pedro de Atarés, señor de Borja y nada que ver hasta el momento con su homónimo Pepe, alcalde de Zaragoza, con mediación de la Virgen. Será 1171 la fecha que marcará la consolidación definitiva del centro y de su comunidad. A partir de este momento, Veruela conformará un extenso patrimonio con la anexión de tierras legadas en donaciones particulares y privilegios reales, que se extenderá principalmente por la cuenca alta y media del Huecha.

Nuestra Señora del Salz y la Juncería son dos fundaciones cistercienses zaragozanas cuya importancia estriba en haber sido las precursoras de la abadía de Nuestra Señora de Rueda de Ebro. El Salz se levantó en la margen derecha del río Gállego, en el límite de las actuales provincias de Zaragoza y Huesca, durante el gobierno de Ramón Berenguer IV. La Juncería, que anexionará los bienes territoriales del Salz tras la crisis de ésta y su posterior desmantelamiento, surge en las inmediaciones de la población de Villanueva de Gállego, apareciendo en la documentación hacia 1166.

En la margen izquierda del río Ebro, en las proximidades de Escatrón, se erige el monasterio de Rueda. Su punto de partida data del año 1202, fecha en la que se establece en el lugar una comunidad de monjes que ha sido organizada años atrás en la Juncería. El emplazamiento de este monasterio en el Valle Medio del Ebro le impulsará a roturar un amplio tramo de la ribera del río, entre las localidades actuales de La Zaida y Escatrón, consolidando su labor repobladora en tierras comprendidas en el arcedianato de Belchite.



Nuestra Señora de Piedra es, junto con Veruela y Rueda, la tercera de las grandes fundaciones cistercienses aragonesas. Sus inicios se remontan a 1164, cuando un grupo de monjes, procedentes de Poblet, donde posteriormente se enterrará a los Reyes de Aragón, se instalan en «Piedra Vieja», tras el abandono de un primer enclave organizativo situado en Peralejos, en la provincia de Teruel. Su situación, más meridional que la de otras casas de la Orden, relacionará a Piedra con la

empresa colonizadora del Sur de Aragón, culminada por Alfonso II.

Pero no es solamente Nuestra Señora de Piedra el único propietario de tierras en puntos avanzados de esta zona. Así, aparece el priorato de Alcalá de la Selva, donado por Alfonso el Casto en 1174 a la abadía francesa de Selva Mayor, de la que pasó a ser una de las filiales más destacadas. La reforma cisterciense se proyecta en el Bajo Aragón, como arma que refuerza la conquista y la colonización territorial, y contribuye directamente a la reordenación de la economía del Reino, además de mantener y fomentar los contactos ultrapirenaicos, que, mediante lazos familiares, la monarquía aragonesa ya había establecido.

No hay que olvidar las fundaciones cistercienses femeninas, surgidas bajo los auspicios de la realeza. Hacia 1168 aparece la comunidad de Trasobares, fundada por monjas del monasterio de Tulebras, constituida en las proximidades de Borja. En 1173, doña Oria, condesa de Pallars, ordena erigir el monasterio de Nuestra Señora de Casbas, a escasos kilómetros de la ciudad de Huesca, que extenderá su patrimonio rural hasta el valle del Jalón. Santa María de Iguacel, antigua propiedad benedictina perteneciente a San Juan de la Peña, pasa a formar parte de la familia cisterciense en 1203.

BIBLIOGRAFÍA

CABANES PECOURT, M.^ª D. (1984): «Cartas de población en el dominio Verolense». Aragón en la Edad Media. Estudios de Economía y Sociedad, vol. VI, pp. 95-123. Zaragoza.

(1987): El Císter. Ordenes Religiosas zaragozanas. Zaragoza.

CONTEL BAREA, C. (1963-65): «El Císter zaragozano en el siglo XII: Abadías predecesoras de Nuestra Señora de Rueda de Ebro». Zurita, 16-18, pp. 385-553. Zaragoza.

(1977): El Císter zaragozano en los siglos XIII y XIV: Abadía de Nuestra Señora de Rueda de Ebro. Zaragoza ASOCIACIÓN CULTURAL LLAGUT